

# Entrevista a Daniel Innerarity

Jorge Castellanos Claramunt

Universidad de Valencia  
[jorge.castellanos@uv.es](mailto:jorge.castellanos@uv.es)

**Introducción:** Daniel Innerarity (Bilbao, 1959) es catedrático de Filosofía Política y Social, investigador de Ikerbasque en la UPV/EHU, director del Instituto de Gobernanza Democrática y profesor part time en el Instituto Europeo de Florencia. Filósofo de reconocido prestigio y brillante trayectoria, ha realizado diversas estancias de investigación, siendo becario de la Fundación Alexander von Humboldt. Además destaca su labor como profesor invitado en universidades europeas, especialmente en Francia donde ha sido profesor invitado en el Instituto de Estudios Políticos de Burdeos, en la Universidad de la Sorbona (Paris 1) y en el Collège de France, así como en la London School of Economics. Fuera de Europa también ha desarrollado su magisterio en Québec, donde fue nombrado profesor invitado, y ha sido titular de la Davis Chair en la Universidad de Georgetown. Además ha sido miembro del Consejo de Universidades a propuesta del Senado español. Pertenece a la Academia de la Latinidad y a la Academia Europea de Artes y Ciencias con sede en Salzburgo. Por último indicar que la revista francesa “Le Nouvel Observateur” le incluyó en 2004 en la lista de los 25 grandes pensadores del mundo.



**Política para perplejos (2018, Galaxia Gutenberg, Barcelona) puede entenderse como una continuación de su obra *La política en tiempos de indignación*, (2015, Galaxia Gutenberg, Barcelona). ¿Puede extraerse una secuencia lógica en cuanto a la indignación, la perplejidad y en último término una participación más efectiva de la ciudadanía en la política?**

La indignación que se desplegó en los inicios de la crisis fue un periodo convulso pero, por así decirlo, teníamos las cosas claras. Sabíamos quiénes eran los culpables de la penosa situación, el campo de juego estaba establecido en términos morales, éramos capaces de identificar quiénes eran los malos y los buenos e incluso qué tipo de nuevos actores estaban llamados a realizar las transformaciones necesarias. Si califico este nuevo periodo posterior como de perplejidad es porque me parece que los diagnósticos ya no nos parecen tan evidentes, lo nuevo ha envejecido rápidamente y a la decepción tras los fracasos de los expertos hay que añadir también unas menores expectativas en relación con los efectos de una implicación política de la ciudadanía, a la que no termina de resultarle inteligible el actual escenario político. Efectivamente hay que fomentar la participación de la ciudadanía, pero esto puede hacerse de múltiples formas, desde a través de una mejor información hasta el desarrollo de formas directas de decisión. Qué es más apropiado para qué tipo de cuestiones es algo que habrá de ser precisamente uno de los temas de nuestro debate público.

**La perplejidad inicial ante la realidad es lo que ha hecho avanzar a la Humanidad. La certeza y la seguridad no alientan el progreso puesto que refuerzan permanecer en la llamada “zona de confort”. ¿Por qué esa perplejidad no ha derivado en un mayor impulso y refuerzo del activismo político? ¿Somos una sociedad de *free riders*? ¿Queja y crítica constante sin actividad posterior para mejorar?**

El problema consiste en que entendemos la implicación de la ciudadanía en la vida pública fundamentalmente como “soberano negativo”, es decir, como actor que impide, bloquea, protesta, pero apenas como una fuerza cívica positiva que sea capaz de poner en marcha procesos de construcción o transformación efectiva de nuestras sociedades. Al mismo tiempo, no hace falta ser un aristócrata desconfiado por los errores de las masas para constatar que nuestras sociedades cometen enormes errores colectivos, que la espontaneidad constituyente no es todo lo equilibrada que debería ser, y por eso la política, también en una sociedad de la inmediatez, mantiene su función de garantizar la igualdad democrática.

**El referéndum sobre el Brexit, el rechazo del pueblo colombiano en referéndum al acuerdo para la terminación del conflicto entre el Gobierno y las FARC, la elección del presidente Donald Trump en Estados Unidos y otros muchos ejemplos recientes de votaciones o escenarios en los que se ha convocado a la ciudadanía para que participe tienen un punto de encuentro:**

**en general, todos están descontentos. La democracia implica respetar las decisiones de la ciudadanía, pese a que podamos estar en contra. ¿La conclusión es que nos gusta la democracia solo cuando la mayoría piensa como nosotros? ¿Debemos madurar más democráticamente y aceptar sus imperfecciones o simplemente es un mal endémico de las sociedades?**

Según la concepción republicana con la que me identifico la democracia no es tanto un procedimiento para que decida la mayoría sino un modo de evitar que se imponga la mayoría. Las decisiones mayoritarias solo son justas cuando se adoptan en un marco en el que intervienen otros factores como el *rule of law*, el respeto a las minorías y si han sido precedidas por información y debates de calidad.

**Inciendo en esta cuestión y acercándola a nuestra actualidad observamos que desde sectores de la política catalana se habla de que en el llamado *procès* “esto no va de independencia, va de democracia”. ¿Cómo considera esta afirmación? ¿Puede considerarse que una democracia plena no permita votar a una parte considerable de la ciudadanía sobre una cuestión que le afecta directamente? Y, de otro lado, ¿puede esa misma democracia considerarse plena si para alcanzar determinados objetivos se incumplen las leyes democráticamente aprobadas?**

Llevo años trabajando en el proyecto de pensar una democracia compleja, lo cual significa entre otras cosas que la democracia no consiste en absolutizar uno de sus valores sino en un conjunto de valores y principios que se articulan, complementan y limitan entre sí. Sin la posibilidad de dejar en manos de la gente la decisión final de su destino no hay democracia que valga, pero esto no puede llevarnos a pensar que la democracia en un conjunto de plebiscitos o una sucesión digital de “me gusta”. En el caso concreto que nos ocupa, la gran debilidad estructural que se ha puesto de manifiesto es la ausencia de una democracia de negociación, la posibilidad de un pacto que hubiera hecho innecesario el recurso a una decisión binaria. En ese pacto se hacen valer los diversos intereses de la ciudadanía implicada y se configura un tipo de demos complejo.

**Otro tema en el que profundiza en su libro es en la feminización de la política y emplea el ejemplo frustrado de Ségolène Royal. A propósito de esto, ¿cree que posiciones enquistadas durante décadas podrían acometerse desde una perspectiva mejor si la solución se afrontase desde un enfoque femenino o simplemente se perpetuarían los problemas y solo cambiarían los protagonistas del diálogo? ¿Hay una política en perspectiva femenina?**

La política tal como la conocemos está estructurada sobre la base de un contrato social que excluye a las mujeres y las confina al ámbito privado. Hay quien entiende por feminización de la política la introducción de una perspectiva específicamente femenina (cuidado, cercanía, etc.)

como si no hubiera entendido que esos no son valores femeninos sino valores propios de un ámbito que los hombres hemos asignado arbitrariamente a las mujeres. Por eso apunto que cierta feminización de la política consagra ese reparto de roles. No hay que feminizar a la política sino politizar a la mujer.

**Una realidad innegable es que disponemos de más información que nunca y usted aborda esta cuestión al indicar que los datos masivos y la sobreinformación genera incertidumbre y desasosiego. Es imposible tramitar toda esa información y debe ser filtrada por los medios de comunicación. ¿Pero esta sociedad de lo inmediato, de lo fácil y de adquirir todo tramitado y procesado no implica que acabemos no pensando por nosotros mismos? ¿No es preferible que el ciudadano elija a qué determinar su tiempo antes de que nos proporcionen la información precocinada para “ahorrarnos” ese trabajo? ¿La manipulación, posverdad, y todos esos datos falsos que nos llegan no afectan de forma directa a la democracia por ese sentido?**

Ambas posibilidades de exclusión son ciertas: por unas mediaciones poderosas que se imponen y por una falta de mediación que nos deja en la perplejidad. Me parece más interesante insistir en esta segunda porque es menos evidente y más propia de la sociedad desintermediada que estamos configurando. Dicho de otra manera: sabemos relativamente bien cómo defendernos de los poderosos, pero estamos más desorientados cuando nos encontramos frente a una información masiva en la que no somos capaces de establecer criterios de relevancia. Frente al entusiasmo con que ha sido celebrada la desintermediación (y en la que suelen coincidir el anarquismo digital con el neoliberalismo), reivindico la función de ciertas mediaciones como los partidos, sindicatos, medios de comunicación) y todo el sistema de representación en general. Que no lo hayan hecho demasiado bien no significa que podamos informarnos, decidir y hacer valer nuestros derechos sin algo de ese estilo.

**En su libro habla de los rankings, esa necesidad de medirlo todo, también de los algoritmos que responden a frecuencias del pasado para responder a cuestiones de futuro. ¿Todo ello no aboca a la ciudadanía a ser como “debería ser” y eliminar la diferencia? ¿No le parece que es una forma de homogeneizar a la sociedad de una manera que produce un retroceso? ¿No fomentar la libertad, la creatividad, sino la adecuación a los baremos y estándares es una sociedad que involuciona?**

Critico los rankings y la política implícita de los algoritmos por lo que tienen de conservadores, porque escamotean la discusión acerca de qué valores son preferibles y porque reflejan lo que hay sin ninguna ambición transformadora. Los elementos disruptivos, la creatividad, la transformación social son perspectivas que apenas comparecen en unas tecnologías pensadas para el registro de lo que somos y no para facilitar la consecución de lo que quisiéramos ser.

**Una de la reflexiones que plantea en el libro es que “necesitamos nuevos conceptos para entender lo que está pasando (...) Estamos utilizando términos huecos y esta vacuidad pone de manifiesto qué poco entendemos lo que está pasando”. Tratar de resolver problemas nuevos con elementos del pasado conlleva no solucionar los problemas y repetir los errores precedentes. ¿Cree que se repiten una y otra vez errores flagrantes porque se aplican unas soluciones políticas obsoletas?**

Creo que en general la práctica política apela a conceptos que se inventaron hace unos trescientos o cuatrocientos años. ¿Qué significa soberanía, territorialidad, representación o poder en unas sociedades que ya no tienen la simplicidad de, pongamos, la Ginebra de Rousseau, donde hay un creciente pluralismo, unas interdependencias que no respetan los espacios delimitados y unas tecnologías tan sofisticadas como las financieras o la robotización? Creo que estamos, antes que nada, frente a un desafío conceptual de gran envergadura y esto no lo digo para defender ningún interés corporativo como persona dedicada a la filosofía política. La política tiene que ser inteligible para la gente que ha de juzgarla, pero eso no se consigue con simplificaciones que tienen muy poco que ver con la complejidad de lo real.

**Para acabar hablemos del futuro y del optimismo. Usted manifiesta su optimismo, pero no por el hecho de pensar que todo va a ir mejor, sin más, sino porque hay elementos para ello. ¿Podría dar una perspectiva halagüeña para el futuro? ¿Confía en que la próxima generación, los jóvenes, se rebelarán ante esta perplejidad y exigirán y ocuparán nuevos espacios de participación política?**

La perplejidad puede conducir a la parálisis política o a tomar decisiones nefastas, pero también tiene algún efecto positivo. Uno es que de alguna manera iguala y democratiza, ya que afecta no solo a la ciudadanía sin conocimiento sino también a los expertos, que han cometido errores enormes y han decepcionado nuestra confianza. Por otro lado, la experiencia de nuestra incapacidad individual puede ser un motor de la inteligencia cooperativa. No somos demócratas por lo mucho que sabemos sino porque no hay otra solución que combatir juntos la complejidad del mundo en el que vivimos.

**Muchas gracias por su tiempo y por sus respuestas.**